

Prohibido fijar carteles

ANDRÉS APARICIO

El primer texto que sobrevivió a mi corrección del día siguiente, transformado en algo aceptable y donde no sentí que mintiese, fue uno en el que hablé del camino de la ciudad que más veces he recorrido en mi vida. Las manchas de humedad de la calle Sol, los adoquines de Enladrillada, o la pequeña joyería de Pasaje Mallol, quizá no representen una gran historia, sin embargo creo que el relato que las contenía resistió, porque aunque sencillo y somero, era también honrado y veraz. No es raro por tanto, que mis lecturas favoritas sean aquellas donde la densidad de un capítulo aparentemente intrascendente, contrasta con la pureza y la fogosidad de una anécdota viva. Y resulta que estas historias minúsculas que tanto me gustan y que jamás olvido, ocurren siempre en el mismo lugar: en el espacio que hay entre cuadra y cuadra, entre calle y plaza, pavimento y albero.

Ocurrió por ejemplo que El tío Konstantín, pariente de Vladimir Nabokov, sobrevivió a la bomba que un terrorista había colocado en el coche de un amigo, porque aquel día prefirió ir andando, y es que pocas cosas gustaban más a este hombre que respirar la calle en sus paseos. Por extraordinario que parezca, y según cuenta Nabokov, este señor se salvó también del hundimiento del Titanic, cuando días antes y por casualidad, devolvió el billete que había comprado. Quedarse en tierra le salvó la vida en dos ocasiones.

W. G. Sebald contaba en una entrevista que se crió en un pueblo tan frío y arcaico, que en ciertas épocas del año no podían enterrar a los muertos porque las calles estaban tan congeladas que era imposible cavar un agujero. Los difuntos permanecían varios días sentados en el salón con los miembros de la familia o almacenados en las cuadras hasta que era posible enterrarlos.

Cuando los Calmucos del siglo XVIII querían reunirse con los pueblos cercanos, debían esperar al mes de enero para utilizar los puentes naturales creados por las heladas y cruzar así al territorio vecino. A veces en sus desplazamientos los sorprendía el frío y no era extraño encontrar a cientos de personas petrificadas al amanecer en torno a los restos de una hoguera seca. Esto lo cuenta Thomas De Quincey en Los oráculos paganos, y tanto su anécdota como la de Sebald nos dan una ligera idea del valor que debían reunir algunas personas para salir a la calle en las zonas más frías del mundo.

En Sevilla, en la Plaza de Doña Elvira, con un clima y un paisaje diametralmente opuesto al del pueblo Calmuco, escribieron parte de su genial disco: Flamenco Billy, Los Mártires del compás.

Arthur Conan Doyle narra en Rodney Stone, cómo esperaban sus amigos sentados en los caminos a que pasase el coche de caballos que transportaba el correo para gritar e insultar al cochero que, continuando la broma, lanzaba a veces su látigo contra los críos.

Glosa, de Juan José Saer, es un libro maravilloso cuyo único escenario es la calle. Veintiún cuadras de paseo entre dos amigos por la ciudad de Santa Fe.

Antiguamente, cuando un crimen era grotesco y desmesurado, el asesino era enterrado en plena calle, en el cruce de cuatro caminos, para que los ciudadanos de ese pueblo caminasen eternamente sobre su tumba.

Todas estas historias suceden desde hace siglos en los caminos que andamos, los senderos que cruzamos y las plazas en las que nos sentamos a beber, y esto es precisamente lo que trata de captar en su obra Andrés Aparicio: las incontables e invisibles anécdotas, que año tras año desgastan la pintura de nuestras fachadas y pulen el suelo de nuestros adoquines.